

de una visión de la "historia mundial", llevándole a decir que eso les impidió pensar en términos de la "revolución mundial"; esta noción consideramos que es insostenible por sí misma y expresa un desconocimiento o incomprensión de los estudios históricos de los fundadores del marxismo, dado que en sus mismas obras elementales (por ejemplo *El manifiesto del partido comunista*, *La ideología alemana*, etc.) reiteradamente plantean la forma en que el capitalismo hizo posible hablar y pensar en términos de una *Historia mundial* en la medida que ha unido todos los continentes con su técnica y el desarrollo del comercio. Todavía más. Brossat critica a Engels de "reformista" por considerar que divulgó "las ilusiones sobre las virtudes de la papeleta del voto"; siendo que tal planteamiento fue perfectamente ponderado por Engels en su introducción a *La lucha de clases en Francia*; o bien, por lo visto el autor ignora la protesta de Engels cuando se quejó de que el dirigente de la socialdemocracia alemana, K. Liebknecht, publicó varios pasajes de la citada introducción fuera de contexto y arreglados de tal modo que aparecía como un apologista de la legalidad.

Contrastando con la formación y con la amplitud de la actividad intelectual de Trotsky, Brossat concibe a la teoría de la revolución permanente como: "la verdadera escuela del pensamiento marxista". Con esta idea el autor incurre en el viejo vicio inaugurado por Stalin en el sentido de disputarse la herencia del pensamiento marxista; cuando que no hay cosa más alejada del materialismo histórico que el desconocimiento de los avances de la creación científica y filosófica. Además, pensamos que tal actitud de encajonar

al marxismo en los marcos del pensamiento trotskista, tiene el peligro de empobrecerlo al desconocer las contribuciones de otros marxistas y de la propia "intelectualidad burguesa".

En suma, el trabajo de Brossat ofrece la posibilidad de analizar la evolución del pensamiento político del "joven Trotsky" y conocer los elementos esenciales de sus dos teorías fundamentales; sin embargo, por lo expuesto, insistiríamos en su lectura cuidadosa.

*Rafael Loyola Díaz.*

María Antonietta Macciocchi, *Gramsci y la revolución de Occidente*, Siglo XXI, editores, México, 1975, 369 pp.

María Antonietta Macciocchi señala que al escribir *Pour Gramsci*, *Gramsci y la revolución de Occidente* en la traducción castellana, lo ha hecho con la conciencia de que se interna en el pensamiento nuevo que ofrece el pensamiento de Antonio Gramsci. Si bien esta obra constituye, en buena parte, el resultado de los cursos sobre Gramsci que la autora dictó en la Universidad de Vincennes, en 1972-1973, su sentido y significación hay que buscarlos fuera del ambiente estrictamente académico.

La autora forma parte de la generación de militantes comunistas italianos que se formaron en el ambiente político de la Italia de la Resistencia y la posguerra. Era la época en la que se inauguraba dentro del Partido Comunista Italiano (PCI), gracias a la promoción de Togliatti, un culto a Gramsci que ponía el acento en su figura como luchador destruido en las cárceles del fascis-

mo, al margen las implicaciones políticas del pensamiento gramsciano sobre las condiciones en las que el proletariado italiano, y de Europa Occidental, habría de luchar para construir su hegemonía y realizar las alianzas políticas de clase que le permitirían destruir al poder burgués y consolidar su dominación de clase, obteniendo, con ello, la construcción del nuevo "bloque histórico socialista".

Tras el culto a Gramsci quedaban ocultas sus diferencias con la creciente influencia de la política estalinista en el movimiento obrero internacional y en el PCI. Pero a pesar de la difusión del estalinismo, Togliatti, al publicar la obra de Gramsci (editorial Einaudi), contribuyó a formar a la generación de militantes salidos de la resistencia y, posteriormente, a las generaciones que han hecho del PCI el partido dirigente del movimiento obrero italiano, el más poderoso y politizado de Occidente.

Tenemos entonces que en la historia más reciente del movimiento comunista italiano, la lucha política tiende a expresarse, en numerosas ocasiones, a través de las polémicas que se suscitan en torno a los conceptos del análisis de Gramsci. Actualmente algunos teóricos de PCI plantean que el concepto gramsciano de "hegemonía" constituye una alternativa a la noción de poder de clase. Sostiene "que en la medida en que el Estado no es exclusivamente la fuerza organizada de una clase para dominar a la sociedad, es posible abandonar la idea de su destrucción con el propósito de establecer el poder obrero. Esta interpretación de la noción de "hegemonía" vendría así a abrirle camino a una política que, al abandonar el concepto de "dictadura del proletariado", cree posible tener acceso al so-

cialismo a través de la "vía parlamentaria".

En este contexto es donde se enmarca la obra de María Antonietta Macciocchi; es decir, dentro de las corrientes que al interior del PCI pugnan por restablecer el sentido original de la concepción gramsciana de la revolución proletaria. "Pour Gramsci", afirma la autora, es, ante todo, la obra de alguien que ha hecho de la política la razón de su compromiso. Pero ¿acaso no hay que buscar en la política la unidad de la vida y la obra de Antonio Gramsci? Hacer política significa actuar para transformar el mundo. En ella se resume nuestra concepción del mundo y se resuelve finalmente el conflicto de hegemonías que afectan al individuo o al "hombre de masa". "De ahí que el hilo conductor de la obra de Antonio Gramsci no puede encontrarse, no se encuentra fuera de la actualidad real: desde los temas de la juventud, *Il Grido del Popolo*, *L'Ordine Nuovo*, la fundación de los consejos de fábrica como experiencia de la organización revolucionaria del proletariado, la fundación del partido comunista, cuya dirección y formación asumió durante algunos años, hasta el advenimiento del fascismo y su consiguiente arresto". Y, finalmente, en la cárcel, en donde su concepción marxista del mundo adquirió profundidad y coherencia.

*Pour Gramsci* es un libro en el que la preocupación de la autora es mostrar al pensador que busca encontrar, en el terreno de la teoría, la brecha que le permitirá al partido revolucionario conducir a la clase obrera a la toma del poder y a la construcción del socialismo. Pero, también, se trata de mostrar la fuerza de las categorías de la sociología política gramsciana para explicar los problemas del mundo actual y reen-

contrar, a la luz de los cambios históricos, una salida positiva a la coyuntura actual del movimiento obrero y del socialismo.

Después del triunfo de la revolución de Octubre se le presentó a Gramsci la necesidad de explicar ¿por qué había fracasado la revolución en Occidente? Y la respuesta la encuentra en la diferencia de la naturaleza de la relación entre sociedad civil y Estado, tal y como se presentaba en Oriente y Occidente. Mientras en Rusia era posible un tipo de luha en la que las masas se movilizaban directamente al asalto revolucionario, debido a la debilidad de la sociedad civil, en Occidente el desarrollo del capitalismo había creado una importante aristocracia obrera y una burocracia sindical social-demócrata que fortalecían las tendencias corporativas de la clase obrera, aislándola del resto de sus aliados potenciales, los campesinos y los intelectuales. En Europa Occidental la sociedad civil se encontraba mucho más estructurada, por lo que el partido revolucionario requería de una estrategia y una táctica mucho más complejas que en Rusia.

Derrocar al Estado capitalista en Occidente exigía desarrollar un análisis de la sociedad civil y en ese sentido se encaminó la reflexión de Gramsci. El concepto que emplea para explicar la articulación de la sociedad civil es el de "hegemonía". Con él analiza cómo la organización cultural de un país se convierte en el medio que permite reproducir el consenso de las clases explotadas, conciliando las contradicciones que brotan de la estructura económica. La noción de hegemonía da cuenta de la manera en la que se articulan en la superestructura los grupos que al nivel de la base económica ocupan posiciones opuestas, remitiendo a otro de los conceptos fundamentales

de la sociología política gramsciana: el "bloque histórico". Este concepto designa la articulación de la infraestructura con la superestructura, la forma en la que se impone una hegemonía determinada conciliando las contradicciones que se forman a partir de las relaciones sociales de producción.

Gramsci desarrolló el concepto de "bloque histórico" desde su análisis de *La cuestión meridional* y, posteriormente, en los *Cuadernos de la cárcel*. En estos textos explica cómo se configuró la alianza de los terratenientes del sur con la burguesía industrial del norte de Italia, dando lugar a la formación de un "bloque agrario-industrial", base del sometimiento de la sociedad agraria (agricultura) del sur a la expansión de la sociedad urbana (industria) del norte. En el sur el bloque se integró mediante el sometimiento del campesinado a la dirección espiritual-ideológica de los intelectuales (sacerdotes católicos, maestros, representantes políticos) que se encargaban de organizar la hegemonía de los terratenientes, centralizada en el terreno cultural por Benedetto Croce, el filósofo más importante de las clases dominantes de Italia. En tanto que, en el norte, la burguesía se esforzaba por estimular la hostilidad del proletariado hacia el campesinado del sur, difundiendo una ideología que presentaba al mediodía como un lastre para el progreso de Italia y a los campesinos como bárbaros y perezosos por naturaleza. Esta ideología se difundía entre la clase obrera por medio de toda la organización cultural, pero principalmente a través de la política corporativa de los sindicatos social-demócratas y de los antropólogos de la escuela positivista que militaban en el Partido Socialista Italiano. Así se estructuraba el "bloque agrario-industrial" que

permitía adecuar la sociedad civil a la estructura económica.

Puede verse cómo el concepto de "hegemonía" se refiere a la función de organización cultural que realizan las diversas capas de intelectuales para articular e introducir la concepción del mundo (filosofía) de las clases dominantes entre las clases explotadas, con el propósito de legitimar la dominación que se ejerce desde el aparato estatal.

Así pues, el problema de la articulación entre infraestructura y superestructura (bloque histórico) se traduce en el análisis de dos funciones distintas: la de dominar y la de dirigir. A estas funciones se corresponden dos niveles diferentes dentro del Estado de clase; el de la "sociedad política" (coerción) y el de la "sociedad civil" (hegemonía). La clase que domina también dirige. Domina gracias al aparato estatal o "sociedad política" y dirige al interior de la sociedad civil en la que se impone su concepción del mundo, difundida por medio de un complicado sistema ideológico que envuelve completamente al ciudadano. Desde la infancia el ciudadano es integrado en el mundo escolar, luego a la Iglesia, el ejército, la cultura, el ocio, e, incluso, el sindicato.

El alto grado de estructuración de la sociedad civil le permite a las clases poderosas imponer su dominio bajo formas democráticas; o sea, bajo formas que se apoyan prioritariamente en el consenso y, en segundo lugar, en la coerción directa. En las sociedades occidentales las clases dominantes cuentan con un aparato muy sofisticado con el que pueden aislar fácilmente al proletariado y combatir a las fuerzas que luchan por el socialismo.

De ahí que el problema más importante para el partido revolucionario consiste en ganarse a los inte-

lectuales para cimentar la organización de un nuevo bloque histórico en el que el proletariado ocupa la posición dirigente. La construcción de la hegemonía del proletariado se realiza gracias a la transformación de los intelectuales en "intelectuales orgánicos" del proletariado que al introducir la filosofía de la praxis en el seno de las masas explotadas realizan una reforma intelectual-moral, base de un nuevo periodo histórico. Este proceso se desarrolla de la siguiente manera: 1. en un primer momento se despliega la lucha ideológica contra la superestructura del bloque dominante a fin de quebrar a las capas de intelectuales que soldan a la infraestructura con la superestructura reaccionaria; 2. al incorporar a los intelectuales como aliado privilegiado del proletariado, se sientan las bases para configurar un nuevo bloque histórico, y los intelectuales pasan a convertirse en "intelectuales orgánicos" del proletariado, asumiendo la función de creadores de consenso en torno al poder obrero; 3. después de la toma del poder los intelectuales continúan ampliando la base del consenso de la dictadura del proletariado, creando las condiciones para que el Estado sea finalmente absorbido por la sociedad civil.

El problema de la toma del poder por el proletariado atraviesa en Occidente por un proceso mucho más complejo que en Rusia. El partido revolucionario debe plantearse una lucha que disgregue progresivamente las posiciones que le aseguran a las clases dominantes la reproducción de su hegemonía sobre la sociedad civil. Es un proceso en el que se desplazan las bases sociales del Estado y, por tanto, se opera una disociación entre la sociedad civil y la sociedad política que debe culminar en la conquista de la sociedad política. Pero aún después de la toma del poder, el

partido proletario debe procurar ensanchar constantemente las bases de su hegemonía; o sea, la dirección cultural-espiritual de la clase obrera en el interior de la sociedad civil, con el propósito de eliminar la necesidad de que el Estado obrero acuda a la fuerza y a la coacción, eliminar, en una palabra, a la sociedad política.

María Antonietta Macciocchi piensa que éste es justamente el proceso de transformaciones por el que atravesó la sociedad china a lo largo de la revolución y después de la toma del poder por la clase obrera. Desde el inicio del proceso, el Partido Comunista Chino se planteó la tarea de ir disgregando progresivamente, a la par que se desarrollaba la lucha armada, a las instituciones de la sociedad civil. Era una lucha por socavar a las instituciones de la sociedad tradicional: transformar la familia, criticar la filosofía confuciana disgregando el bloque intelectual sobre el que se asentaba el dominio de los terratenientes, crear lazos firmes de solidaridad y de dirección sobre las masas campesinas, apoyarse en las formas del poder revolucionario que las propias masas creaban. E incluso, actualmente, la autora de este libro piensa que la experiencia del Estado obrero chino proporciona un ejemplo de la validez de las tesis de Gramsci: sobre la hegemonía del proletariado y la disolución de la sociedad política. "Refiriéndome al pensamiento de Gramsci, pude reconstruir pedazo por pedazo, a favor de una experiencia directa, el mosaico complejo de una hegemonía completa, total, que abarca todos los ámbitos de la vida y del pensamiento del hombre hasta su práctica, y llegué a captar desde adentro la gigantesca obra de elaboración de una filosofía de la pra-

xis realizada por Mao, que transformaría la mentalidad de millones de hombres atrasados y sometidos, haciendo además de ellos, aun antes de la toma del poder, la nueva clase dirigente" —dice María Antonietta Macciocchi.

En su opinión este proceso es justamente el inverso del que se operó en la Unión Soviética, en donde tendió a producirse una disociación entre la sociedad civil y la sociedad política que coincidía con una disociación del partido y su base social (el proletariado y los campesinos), de tal modo que en la sociedad política cristalizó una casta burocrática opuesta al movimiento real de la sociedad. Los intelectuales (la teoría) se separaron de las masas y así el "hombre de masa" no consiguió elevarse a la condición de dirigente y, por tanto, se minaron las bases de la hegemonía proletaria y predominó el momento de la coacción, la sociedad política.

En tanto que en las sociedades europeas, en donde existen poderosos movimientos obreros como en Francia e Italia, tiende a producirse un proceso de disociación entre los intelectuales y la clase obrera. "Las razones de esta situación se hallan en la estructura decisional ideológica monolítica de los partidos comunistas. El intelectual está así, históricamente, atenazado: a si está solo, es débil y portador de los vicios de su 'casta'; b. si se liga a las masas pero no confía su cabeza al partido, se convierte en fraccionista, renegado o traidor" —señala María Antonietta Macciocchi.

Al mantenerse este sistema de toma de decisiones, altamente concentrado y al servicio de una política que no acepta fácilmente la crítica, la relación partido-masas se transforma en una relación burocratizada que,

en lugar de elevar el nivel teórico del obrero, mantiene su conciencia en una fase económico-corporativa, minando la posibilidad de que se construya una real hegemonía proletaria. Por eso, el verdadero problema, para la revolución occidental, continúa siendo establecer una relación orgánica entre los intelectuales y la clase obrera, convertir el partido en el intelectual colectivo capaz de realizar la reforma intelectual-moral que sienta las bases de la época histórica en la que todos

los hombres llegaron a ser intelectuales.

En conclusión, el libro de María Antonietta Macciocchi es una obra indispensable para todos aquéllos que se interesen en el pensamiento de Antonio Gramsci, como un pensamiento abierto a la confrontación con los problemas de la transformación y el cambio en las sociedades actuales.

*Jorge Gutiérrez*